Quién es Jesús y qué significa conocerlo

Cristianismo Básico

John Stott

Quién es Jesús y qué significa conocerlo

Cristianismo Básico

John Stott

Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz
2007

Contenido

Prefacio a la edición castellana 5

Prefacio del autor 7

1. Cómo encarar el problema 15

Primera parte: La persona de Cristo

2. Las pretensiones de Cristo 33
3. El carácter de Cristo 53
4. La resurrección de Cristo 69

Segunda parte: La necesidad del ser humano

5. La realidad y la naturaleza del pecado 93
6. Las consecuencias del pecado 109

Tercera parte: La obra de Cristo

7. La muerte de Cristo 127
8. La salvación provista por Cristo 151

Cuarta parte: La respuesta del ser humano

9. El costo 169
10. La decisión 189
11. Ser cristiano 205

Notas 225

Prefacio a la edición castellana

Desde su publicación inicial esta obra ha sido traducida a casi una veintena de idiomas, entre ellos el árabe, el francés, el japonés, el italiano, el alemán, el vietnamita y el portugués. Su autor también ha logrado ser conocido ampliamente. Sus muchos libros (varios de los cuales han sido traducidos al castellano) y sus frecuentes viajes lo han proyectado en el nivel mundial como uno de los máximos exponentes del pensamiento evangélico. Une a la erudición el don de la sencillez y la claridad, cualidades que también caracterizan a su persona cuando actúa como capellán de la reina de Inglaterra o cuando conversa con un estudiante chino, egipcio, venezolano o canadiense. Nos complace poner en manos del lector esta obra que combina las dotes del autor y por medio del cual muchas personas en diferentes lugares del mundo han llegado al conocimiento personal de Jesucristo.

Los editores

Prefacio del autor

'Hostil con la iglesia, amigable con Jesucristo.' Estas palabras describen a mucha gente hoy, especialmente a personas jóvenes.

Se oponen a cualquier cosa que les huela a institucionalismo. Detestan el sistema de poder y sus privilegios inamovibles. Y rechazan a la iglesia —no sin cierto justificativo— porque la consideran intolerable, corrompida como está por aquellos males.

Sin embargo, el objeto de su rechazo es la iglesia, no Jesucristo mismo. Su actitud crítica y su indiferencia se deben precisamente a que ven una contradicción entre el fundador del cristianismo y la situación actual de la iglesia fundada por él. Pero la persona y enseñanza de Jesús no han perdido su atractivo. Por un lado, el propio Jesús se opuso al poder institucional y algunos de sus dichos tenían una nota revolucionaria. Al parecer sus ideales eran incorruptibles. Respiraba amor y paz dondequiera que fuese. Por otra parte, invariablemente practicaba lo que predicaba.

Pero, ¿cuál es la *verdad* en cuanto a él?

Muchas personas en todo el mundo todavía crecen en hogares cristianos en los cuales se da por sentado que el cristianismo es la verdad. Pero con el tiempo, cuando desarrollan sus facultades intelectuales, comienzan a pensar por su cuenta, y les resulta más fácil echar por la borda la religión de su niñez que esforzarse por investigar las bases de la misma.

Muchas otras personas no crecen en un ambiente cristiano. En su lugar absorben la enseñanza del espiritismo, el secularismo humanista, el marxismo o el existencialismo.

Pero ambos grupos, si leen acerca de Jesús, hallan que éste ejerce sobre ellos una fascinación que no les es fácil eludir.

Así, pues, nuestro punto de partida es la figura histórica de Jesús de Nazaret. No hay una base razonable para dudar de su existencia. Su historicidad encuentra apoyo en escritores paganos y escritores cristianos.

Dígase lo que se diga acerca de él, el hecho es que fue un ser humano en toda la extensión de la palabra. Nació, creció, trabajó y transpiró, descansó y durmió, comió y bebió, sufrió y murió como todos los hombres. Tuvo un cuerpo realmente humano y emociones verdaderamente humanas.

Pero, ¿podemos creer que también fue en algún sentido 'Dios'? ¿No es la deidad de Jesús más bien una pintoresca superstición cristiana? ¿Hay evidencia alguna que apoye la sorprendente afirmación de que el carpintero de Nazaret fue el Hijo unigénito de Dios?

Esta pregunta es fundamental. No podemos eludirla. Tenemos que ser honestos. Si Jesús no fue Dios en forma humana, entonces el cristianismo está terminado. Lo que nos queda de él es sólo otra religión con algunas ideas hermosas y una ética noble. Su característica distintiva habrá desaparecido.

Sin embargo, *hay* evidencias de la deidad de Jesús: evidencias buenas, sólidas, históricas y considerables; evidencias que la persona honesta puede acatar sin cometer suicidio intelectual. Están las pretensiones de Jesús relativas a sí mismo, tan atrevidas y, sin embargo, tan modestas. Está también su carácter incomparable. Su fortaleza y su gentileza, su rectitud insobornable y su compasión tierna, su cariño por los niños y su amor a los marginados, su dominio de sí mismo y su sacrificio despiertan la admiración de todos. Lo que es más, su muerte vil no fue su fin: se argumenta que resucitó, y la evidencia de su resurrección es de lo más convincente.

Suponiendo que Jesús fuera el Hijo de Dios, ¿es el cristianismo básico la mera aceptación de este hecho? No. Una vez que estemos persuadidos de la deidad de Jesús, tenemos

que examinar la naturaleza de su obra. ¿Para qué vino a este mundo? La respuesta bíblica es que 'vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido'. Jesús de Nazaret es el Salvador enviado del cielo, el Salvador que nosotros necesitamos. Necesitamos ser perdonados y restaurados a la comunión con Dios —el Dios santo— de quien nos han separado nuestros pecados. Necesitamos ser librados del egoísmo y recibir la fortaleza para vivir según nuestros ideales. Necesitamos aprender a amarnos los unos a los otros, tanto a los amigos como a los enemigos. Este es el significado de la 'salvación'. Esto es lo que Cristo vino a conquistar para nosotros mediante su muerte y resurrección.

'Él vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido.'

Entonces, ¿es el cristianismo básico la creencia de que Jesús es el Hijo de Dios que vino para ser el Salvador del mundo? No. Ni siquiera es eso. No basta admitir su deidad, reconocer la necesidad que el ser humano tiene de salvación y creer en la obra salvadora de Cristo. El cristianismo no es sólo un credo: supone acción. Nuestra creencia intelectual puede ser intachable, pero tenemos que traducir nuestras creencias en hechos.

¿Qué debemos hacer entonces? Tenemos que comprometernos con Jesucristo, y comprometernos de todo corazón, con todo lo que somos y tenemos, sin reservas, personalmente. Tenemos que humillarnos delante de él. Tenemos que confiar en él como *nuestro* Salvador y someternos a él como *nuestro* Señor, y luego tomar nuestro puesto como miembros fieles de la iglesia y ciudadanos responsables en la sociedad.

Esto es el cristianismo básico, y es el tema de este libro. Pero antes de examinar la evidencia de la deidad de Jesucristo, es necesario un capítulo sobre el acercamiento correcto. La convicción cristiana es que podemos encontrar a Dios en Jesucristo. Examinar esta certeza nos ayudará a darnos cuenta de que Dios mismo nos está buscando y nosotros debemos buscar a Dios.

John Stott

Guía de estudio
Introducción

Cristianismo básico presenta un rico material que difícilmente se asimilará sin una reflexión detenida y una consecuente revisión de la vida. Por ello incluimos esta guía que puede ayudar a profundizar la lectura y a vincularla con las vivencias particulares de los lectores.

El estudio puede hacerse individualmente o en grupos. La guía puede ser utilizada por el líder de un grupo de creyentes que deseen entender mejor en quién y por qué creen, o por un cristiano que desea reunirse con amigos no cristianos interesados en el evangelio.
La mayoría de las preguntas se basan en el texto de la obra, pero otras demandan consideración especial sobre la base de otras lecturas.

A fin de que las discusiones sean del máximo provecho, se hacen las siguientes recomendaciones:

1. Pide a los miembros del grupo que en el transcurso de la semana lean el capítulo que se ha de discutir. Durante la reunión es imposible dedicar tiempo a la lectura y si los participantes no han leído el capítulo previamente, la discusión les será de poca ayuda.

2. Dedica por lo menos dos horas a la preparación de cada estudio. No improvises.

3. Trata de familiarizarte con la bibliografía adicional que se sugiere, relacionada con cada capítulo.

4. Asesórate sobre la coordinación de grupos. Los siguientes libros pueden ayudarte:

El estudio bíblico creativo, Ada Lum, Ruth Siemens, Ediciones Certeza, 1977.

La aventura de estudiar la Biblia, Carlos Yabraian, Certeza Argentina, 1997.

Manual para el líder de grupos, Teresa Blowes, Certeza Argentina, 2003.

5. Recuerda que aprendemos más cuanto más nos comprometemos en el descubrimiento. Anima a que la gente piense. Dales espacio para expresar dudas y no insistas siempre en tener 'la respuesta correcta'.

6. Procura servir como facilitador de un proceso por medio del cual los participantes comprometan su mente, sus emociones y su voluntad en la búsqueda de Dios.

Guía de estudio
Encuentro de apertura

Preparación

El libro *Fuera del salero para servir al mundo* (Rebeca Manley Pippert, Certeza Unida, 2004, capítulos 9 y 10) te ayudará a entender los diversos niveles de motivación, interés y compromiso en la búsqueda de Dios que verás representados en el grupo.

Durante el encuentro

1. Un buen disparador antes de comenzar a estudiar puede ser mirar en VHS o DVD *La vida de Jesús en el Evangelio de Mateo*, La Biblia visual, Thomas Nelson.

2. Compartan libremente qué mueve a los participantes a estudiar este libro. Pidan a Dios que su Espíritu se haga presente en el proceso de lectura y reflexión individual y grupal para que verdaderamente haya comprensión y cambio.

3. Explica la dinámica de lectura y preparación personal y del trabajo grupal. Aclara expectativas y definan el horario del próximo encuentro.

Para el próximo encuentro

Leer el capítulo 1 de *Cristianismo básico*.

1

Cómo encarar el problema

En el principio creó Dios. Estas son las primeras palabras de la Biblia. Pero son más que la introducción al relato de la creación o del libro del Génesis. Son la llave que abre nuestra comprensión de la totalidad de la Biblia. Nos dicen que la religión de la Biblia es la religión de la iniciativa de Dios.

Nunca podemos tomar a Dios por sorpresa. Nunca podemos anticiparnos a él. Él da siempre el primer paso; está 'en el principio'. Antes que el hombre existiera, Dios actuó. Antes que el ser humano tratara de buscarlo, él ya lo había buscado. La Biblia no muestra al hombre tanteando para encontrar a Dios, sino a Dios yendo en pos del hombre.

Hay personas que imaginan a un dios sentado cómodamente en un alto trono, distante, separado, desinteresado e indiferente a las necesidades de los mortales, hasta que los gritos constantes de éstos lo sacan de la modorra en la que vive, y resuelve intervenir en su favor. Tal concepto es falso. La Biblia revela a un Dios que toma la iniciativa, se levanta de su sitial, deja su gloria, desciende y se humilla para buscar al hombre, mucho antes de que a éste, que se encuentra envuelto en la oscuridad y hundido en el pecado, se le ocurra volverse a él.

Esta actividad soberana y anticipada de Dios se da a conocer de varias maneras. Tomó la iniciativa en *la creación*, cuando formó el universo y todo cuanto en él hay: 'En el comienzo de todo, Dios creó el cielo y la tierra' (Génesis 1.1). Tomó la

iniciativa en *la revelación*, cuando hizo conocer a la humanidad su naturaleza y voluntad: 'En tiempos antiguos Dios habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas. Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo' (Hebreos 1.1–2). Tomó la iniciativa en *la salvación* cuando vino en Cristo Jesús para librar a los hombres de su pecado: 'Dios … ha venido a rescatar a su pueblo' (Lucas 1.68).

Dios creó. Dios habló. Dios actuó. Estas declaraciones de la iniciativa de Dios en tres formas distintas constituyen el resumen de la religión de la Biblia. En este libro nos concentraremos en la segunda y tercera de ellas, ya que el cristianismo básico por definición comienza con la figura histórica de Jesucristo. Si Dios habló, Jesucristo es su palabra más grande y final. Si Dios actuó, su hecho más noble es la redención del mundo realizada por medio de Jesucristo.

Dios habló y actuó en Jesucristo. Dijo algo. Hizo algo. Esto quiere decir que el cristianismo no es simple parlería piadosa. No es una colección de ideas religiosas. No es un catálogo de reglamentos. Es un 'evangelio', o sea, buenas nuevas, buenas noticias. En palabras de Pablo, es 'el mensaje que trata de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor' (Romanos 1.3). No es, en primer lugar, una invitación al hombre para que haga algo: es la declaración suprema de lo que Dios hizo en Cristo para los seres humanos.

Dios ha hablado

El ser humano es una criatura insaciablemente inquisidora. Su mente está conformada de tal modo que no puede permanecer en reposo. Siempre investiga lo desconocido. Persigue el conocimiento sin tregua ni descanso. Su vida es un viaje de descubrimientos. Siempre pregunta, explora, analiza, investiga. Nunca se cansa de preguntar como cuando niño: '¿Por qué?'

Ahora bien, cuando la mente humana comienza a preocuparse de Dios, se desconcierta. Tantea en la oscuridad. Tropieza.

Esto no debe sorprendernos, ya que Dios, quienquiera o cualquier cosa que sea, es infinito, mientras que nosotros somos criaturas finitas. Él está totalmente fuera de nuestro alcance. Por lo tanto, la mente no puede ayudarnos de inmediato sobre este particular, a pesar de que resulta un instrumento maravillosamente efectivo en el campo de las ciencias empíricas. No puede subir hasta la mente infinita de Dios. No hay escalera para que lo haga; sólo hay un golfo vasto, inconmensurable. '¿Crees que puedes penetrar en los misterios de Dios y llegar hasta lo más profundo de su ser?', le preguntaron a Job (Job 11.7). Es imposible.

El ser humano no consigue conocer a Dios por medio de la razón humana sino por la revelación divina.

Y esta situación hubiera permanecido tal cual, si Dios no hubiese tomado la iniciativa para remediarla. El hombre hubiera permanecido para siempre como un agnóstico impotente, preguntando como Poncio Pilato: '¿Y qué es la verdad?' (Juan 18.38), pero nunca esperando una respuesta, por no atreverse nunca a esperarla. Sería un adorador, porque el serlo está en su naturaleza; pero en todos sus altares habría una inscripción como la que Pablo encontró en Atenas: 'A un Dios no conocido' (Hechos 17.23).

Sin embargo, Dios ha hablado. Ha tomado la iniciativa para revelarse a sí mismo. Ahora comprendemos que la doctrina cristiana de la revelación es esencialmente razonable. Dios ha 'descubierto' ante nuestra mente lo que de otro modo hubiera permanecido cubierto, escondido. Una parte de la revelación de Dios la encontraremos en la naturaleza:

> El cielo proclama la gloria de Dios;
> de su creación nos habla la bóveda celeste.
>
> Salmo 19.1

> Lo que de Dios se puede conocer, ellos lo conocen
> muy bien, porque él mismo se lo ha mostrado;

> pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer,
> si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde
> que el mundo fue creado, claramente se ha podido
> ver que él es Dios y que su poder nunca tendrá fin.
>
> Romanos 1.19–20

Esto es lo que comúnmente se llama 'revelación general' (ya que ha sido dada a todos los hombres en todo lugar) o 'natural' (ya que está en la naturaleza). Pero esto no basta. Es indudable que hace conocer a todos los hombres su existencia y algo de su divino poder, de su gloria y fidelidad. Pero si el ser humano ha de conocer personalmente a Dios, si ha de alcanzar el perdón de sus pecados y entrar en comunión con Dios, necesita otra clase de revelación, más íntima y más práctica. La revelación que Dios hace de sí mismo necesita incluir su santidad, su amor y su poder para salvar del pecado. Esto también le ha agradado a Dios revelar, y es lo que se llama 'revelación especial' ya que fue dada a un pueblo especial (Israel) por medio de mensajeros especiales (los profetas en el Antiguo Testamento y los apóstoles en el Nuevo).

Es también una 'revelación sobrenatural', ya que fue dada por medio de un proceso generalmente denominado 'inspiración', y tuvo su expresión máxima en la persona y obra de Jesús a través de toda su vida.

El modo en que la Biblia explica y describe esta revelación es diciendo que Dios 'habló'. Cuando una persona habla, podemos conocer del modo más fácil lo que contiene su mente. Y lo que es verdad en cuanto al deseo de los hombres de comunicarse entre sí, es tanto más cierto de lo que Dios desea revelar de su mente infinita a nuestras mentes finitas. Puesto que sus pensamientos son más altos que los nuestros, del mismo modo que los cielos son más altos que la tierra, como lo expresa el profeta Isaías (Isaías 55.9), no los hubiéramos conocido si él no los hubiera revestido con palabras. Por eso 'la palabra del Señor' llegó a muchos profetas, hasta que vino Jesús, el Cristo

y 'aquel que es la Palabra se hizo hombre y vivió entre nosotros' (Juan 1.14).

Igualmente el apóstol Pablo escribe a los corintios para decirles: 'Dispuso Dios en su bondad salvar por medio de su mensaje a los que tienen fe, aunque este mensaje parezca una tontería' (1 Corintios 1.21). El ser humano no consigue conocer a Dios por medio de su propia sabiduría sino por la Palabra de Dios ('su mensaje'), no por medio de la razón humana sino por la revelación divina. Y porque Dios se ha dado a conocer en Cristo, el cristiano puede decir confiadamente al agnóstico y al supersticioso, como Pablo dijo a los atenienses en el Areópago de Atenas: 'Lo que ustedes adoran sin conocer, es lo que yo vengo a anunciarles' (Hechos 17.23).

Una buena parte de la controversia entre la ciencia y la religión surgió porque no se tuvo en cuenta este punto esencial. El método científico es, en gran parte, inadecuado en la esfera religiosa. El conocimiento científico avanza empleando la observación y el experimento. Opera con los datos e informaciones que le brindan los cinco sentidos físicos. Pero cuando llegamos al terreno de lo metafísico, no hay datos inmediatamente disponibles. En la actualidad Dios no es tangible, visible o audible. Sin embargo hubo un tiempo en que él dispuso hablar y revestirse de un cuerpo que podía verse y palparse. Por eso el apóstol Juan comienza su primera carta con esta afirmación: 'Les escribimos a ustedes acerca de aquello que ya existía desde el principio, de lo que hemos oído y de lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Porque lo hemos visto y lo hemos tocado con nuestras manos' (1 Juan 1.1).

Dios ha actuado

Las buenas nuevas del evangelio cristiano no se hallan limitadas por la declaración del hecho de que Dios habló. También aseveran que él ha actuado.

Dios tomó la iniciativa en los dos casos debido al carácter de la necesidad del ser humano. No sólo somos ignorantes.

Somos pecadores. Por eso no basta que Dios se haya revelado a sí mismo para visitar nuestra ignorancia. Tuvo que tomar, además, la iniciativa de actuar para salvarnos de nuestros pecados. Comenzó en los tiempos del Antiguo Testamento. Llamó a Abraham desde Ur de los caldeos, haciendo una nación de él y de sus descendientes, librando a éstos de la esclavitud de Egipto, haciendo un pacto con ellos en el Monte Sinaí, dirigiéndolos a través del desierto a la tierra prometida, guiándolos y enseñándoles como pueblo suyo.

Pero todo esto fue simplemente una preparación para la obra mayor de redención en Cristo. Los hombres necesitaban ser liberados, no de la esclavitud de Egipto o del destierro babilónico, sino del exilio y la esclavitud del pecado. Fue por eso principalmente que Jesucristo vino. Lo hizo como Salvador.

> Le pondrás por nombre Jesús. Se llamará así porque salvará a su pueblo de sus pecados. Mateo 1.21

> Esto es muy cierto, y todos deben creerlo: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. 1 Timoteo 1.15

> Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que se había perdido. Lucas 19.10

Él es como el pastor que perdió una de las ovejas de su rebaño y salió a buscarla por los montes hasta que la encontró (Lucas 15.3-7).

El cristianismo es una religión de salvación. No hay nada en las demás religiones del mundo que pueda compararse con el mensaje de un Dios que ama, va en busca de un mundo de pecadores perdidos y muere por él.

La respuesta del hombre

Dios habló. Dios obró. El relato y la interpretación de esas palabras y hechos divinos se encuentran en la Biblia. Para muchas personas, se quedarán allí. Para ellas, lo que Dios dijo e hizo pertenece a la historia, pero no ha pasado de la historia a la experiencia, de la Biblia a la vida. Dios habló: ¿hemos escuchado su Palabra? Dios obró: ¿nos hemos beneficiado de lo que hizo?

En el resto de este libro se explicará lo que debemos hacer. Por el momento es necesario poner énfasis en una sola cosa: debemos buscar. Dios nos ha buscado a nosotros. Todavía está buscándonos. Nosotros tenemos que buscar a Dios. En efecto, la queja que Dios tiene contra el hombre es que éste no lo busca.

> Desde el cielo mira el Señor a los hombres
> para ver si hay alguien con entendimiento,
> alguien que busque a Dios.
> Pero todos se han ido por mal camino;
> todos por igual se han pervertido.
> ¡Ya no hay quien haga lo bueno!
> ¡No hay ni siquiera uno! Salmo 14.2–3

Y, sin embargo, Jesús prometió: 'Busquen y encontrarán' (Mateo 7.7). Si no buscamos, no encontraremos. El pastor buscó a la oveja perdida hasta que la halló. La mujer revolvió la casa hasta que dio con la moneda extraviada. ¿Hemos de hacer menos nosotros? Dios desea ser hallado, pero lo será únicamente por aquellos que lo buscan.

Tenemos que buscar *diligentemente*. 'El hombre es tan haragán como quiere', escribió Emerson.

Pero el problema que tenemos entre manos es tan serio que es preciso vencer la pereza natural y la apatía y aplicarnos con cuerpo y alma a la búsqueda. Dios no tiene paciencia con los frívolos, Dios 'recompensa a los que lo buscan' (Hebreos 11.6).

Tenemos que buscar *humildemente*. Si la apatía es un impedimento para algunos, el orgullo es un estorbo más común y aun mayor para otros. Es preciso admitir con toda humildad que la mente que tenemos es finita e incapaz de descubrir a Dios por su propio esfuerzo, sin la revelación que él ha dado de sí mismo. Conste que no estamos diciendo que debemos suspender el pensamiento racional. Por el contrario, el salmista nos dice que no hemos de comportarnos como el caballo y el mulo que proceden sin entendimiento (Salmo 32.9). Tenemos que usar la mente, pero admitiendo sus limitaciones. Jesús dijo:

> Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
> porque has mostrado a los sencillos las cosas
> que escondiste de los sabios y entendidos.
>
> Mateo 11.25

Esta es una de las razones porque Jesús amó a los niños. Son permeables a la enseñanza. No son orgullosos, autosuficientes ni criticones. Necesitamos poseer la mente abierta, humilde y receptiva de los niños.

Tenemos que buscar *honradamente*. Al acercarnos a lo que pretende ser la revelación de Dios, debemos hacerlo sin orgullo, libres de prejuicios; no sólo con una mente humilde, sino también con una mente abierta. Todo estudiante sabe los problemas que acechan a quien acomete una materia con ideas preconcebidas. Y sin embargo, muchos investigadores se acercan a la Biblia con juicios ya formados. La promesa de Dios es para quienes le buscan con sinceridad. 'Me buscarán y me encontrarán, porque me buscarán de todo corazón' (Jeremías 29.13). Así, pues, tenemos que dejar a un lado los prejuicios y abrir la mente a la posibilidad de que el cristianismo sea la verdad.

Tenemos que buscar *obedientemente*. Esta es la condición más difícil de llenar. Al buscar a Dios tenemos que estar preparados no sólo a revisar nuestras ideas sino también a reformar la vida. El mensaje cristiano incluye un desafío moral. Si el mensaje es veraz, el desafío moral tiene que ser aceptado. Dios no es un

objeto que el hombre pueda analizar fríamente. Uno no puede colocar a Dios al extremo de un telescopio o de un microscopio y exclamar: '¡Qué interesante!' Dios no es interesante. Dios perturba, trastorna. Sucede lo mismo con Jesucristo.

> Habíamos pensado examinar a Cristo intelectualmente, pero encontramos que es él quien nos examina a nosotros. Los papeles se invirtieron entre nosotros … Estudiamos a Aristóteles y nos sentimos edificados intelectualmente; estudiamos a Jesús y nos sentimos, en el sentido más profundo, perturbados espiritualmente … nos sentimos obligados a tomar frente a este Jesús alguna actitud moral en cuanto a nuestro corazón y voluntad … Uno puede estudiar a Jesús con parcialidad intelectual, pero no puede hacerlo con neutralidad moral … tenemos que declarar a qué bando pertenecemos. Es a esto que el contacto con Jesús, un contacto sin evasivas, nos ha llevado. Comenzamos en la calma del estudio, pero hemos descubierto que se nos conduce al terreno de la decisión moral.[1]

Esto es lo que Jesús quiso decir cuando, dirigiéndose a ciertos judíos incrédulos, les dijo: 'Si alguien está dispuesto a hacer la voluntad de Dios, podrá reconocer si mi enseñanza viene de Dios o si hablo por mi propia cuenta' (Juan 7.17). La promesa es clara, y significa que nosotros sabremos si Cristo es verdadero o falso, si sus enseñanzas son divinas o humanas. Pero la promesa descansa sobre la base de una condición moral. Tenemos que estar dispuestos no sólo a creer, sino a obedecer. Tenemos que estar preparados para obedecer la voluntad de Dios cuando él nos la dé a conocer.

Recuerdo a cierto joven que solía visitarme después de haber terminado sus estudios y comenzado a trabajar en Londres.

Según decía, había dejado de concurrir a la iglesia porque no podía repetir el Credo de los Apóstoles sin ser hipócrita. ¡Ya no creía! Una vez terminadas sus explicaciones le dije: 'Si yo pudiera contestar sus problemas a su completa satisfacción, ¿estaría usted dispuesto a cambiar su modo de vivir?' Se sonrió y se sonrojó a la vez: su problema real no era intelectual sino moral.

Al buscar a Dios tenemos que estar preparados no sólo a revisar nuestras ideas, sino también a reformar la vida.

Este es, pues, el espíritu que mueve nuestra investigación. Debemos dejar de lado la apatía, el orgullo, el prejuicio y el pecado, y buscar a Dios a pesar de las consecuencias. De todas las dificultades mencionadas que estorban la investigación efectiva, las dos últimas son las más difíciles de vencer: el prejuicio intelectual y la rebeldía moral. Las dos son expresiones de temor, y el temor es el mayor enemigo de la verdad. El temor paraliza la búsqueda. Sabemos que el encuentro con Dios y la aceptación de Jesucristo suponen una experiencia inconveniente y exigente. Suponen la reconsideración de la totalidad de la vida y el reajuste de la totalidad de nuestro modo de vivir. Y es la combinación de la cobardía intelectual y moral la que nos hace vacilar. No encontramos porque no buscamos. No buscamos porque no queremos encontrar, y sabemos que el modo efectivo para no encontrar es no buscar.

Así, pues, estimado, lector, te pido que te abras a la posibilidad de estar equivocado. Podría ser que Cristo sea la verdad. Por eso te invito a que te conviertas en un inquisidor sincero de la verdad; en un buscador diligente, humilde, honrado y obediente a Dios. Acude al libro que dice ser la revelación de Dios. Lee especialmente los Evangelios que contienen el relato de la vida de Jesucristo. Dale a Jesús la oportunidad de confrontarte y legitimarse ante ti. Ven con el pleno consentimiento de tu mente y tu voluntad, dispuesto a creer y a obedecer si Dios te convence. ¿Por qué no tomarte el trabajo de leer el Evangelio según San Juan o según San Marcos? Podrías leerlo de un solo

tirón (preferentemente usando una versión moderna), a fin de recibir todo el impacto de la lectura. Después podrías leerlo de nuevo, despacio, a razón de un capítulo por día. Y antes de leer, ora, tal vez diciendo algo así:

> ***Dios, si existes (y no estoy seguro de que existas), y si puedes escuchar esta oración (y no sé si puedas), quiero que sepas que soy un buscador sincero de la verdad. Muéstrame si Jesús es tu Hijo y el Salvador del mundo. Y si tú produces convicción en mi mente confiaré en él como Salvador y lo seguiré como mi Señor.***

Nadie puede hacer esta oración y sentirse fracasado. Dios no tiene deudas con nadie. Él honra toda búsqueda sincera. Responde a todos los inquisidores honrados. Tiene comprometida su palabra en la promesa de Cristo: 'Busquen, y encontrarán.'

Guía de estudio 1
Cómo encarar el problema

Propósito Reflexionar sobre la necesidad de acercarnos a Dios para conocerlo y evaluar nuestra disposición personal para hacerlo.

Preguntas

1. En el primer párrafo el autor dice que la 'religión de la Biblia es la religión de la iniciativa de Dios' (página 17). ¿De qué formas advertimos que Dios ha tomado la iniciativa? ¿Hemos experimentado esta iniciativa en nuestras vidas? ¿De qué maneras?

2. ¿Cómo se revela Dios? ¿Por qué fue necesaria la 'revelación especial' (páginas 19–21)?

3. ¿Por qué fue necesario que, además de hablar, Dios actuara? ¿Cuáles son las principales características de la acción de Dios (páginas 21–22)?

4. ¿Qué respuesta le corresponde al ser humano cuando se enfrenta a lo que Dios ha dicho y ha hecho? Si realmente deseamos encontrarlo, ¿cómo debe ser nuestra búsqueda de Dios (páginas 23–27)?

5. ¿Cómo fue hasta ahora nuestra búsqueda personal de Dios? ¿Por qué es importante que al buscar a Dios nos acerquemos a él de manera adecuada?

6. ¿Qué elementos nuevos aporta la lectura de este capítulo a quienes quieren conocer a Dios pero no saben cómo hacerlo?

Dedicar tiempo a la oración sobre la base de lo aprendido y compartido.

Para el próximo encuentro

1. Leer el capítulo 2 de *Cristianismo básico.*

2. Dividir al grupo en cuatro subgrupos, cada uno de los cuales tomará un Evangelio e investigará las pretensiones de Cristo. Cada persona responderá a las siguientes preguntas y traerá sus respuestas la semana siguiente: (a) ¿Qué dice Jesús sobre sí mismo en este Evangelio? y (b) ¿Cuál es mi reacción frente a esa 'pretensión'?

Para seguir leyendo

¿Nos podemos fiar del Nuevo Testamento?, David Burt, Andamio, 1991.

Cómo comprender la Biblia, John Stott, Certeza Unida, 2005.

Normas de interpretación bíblica, Ernesto Trechard, Portavoz, 1998.

La lectura eficaz de la Biblia, Gordon D. Feey, Douglas Stuart, Vida, 1995.

1001 proverbios de Dios para una vida feliz, Bill Hybels, Certeza Unida, 2005.

Así leo la Biblia, John Stott, Jorge Atiencia, Samuel Escobar, Certeza Unida, 1999.

Señales de una iglesia viva, capítulo 3, 'El Espíritu y la Palabra', John Stott, Certeza Argentina, 2004.

Mi corazón hogar de Cristo, Roberto Boyd Munger, Certeza Unida, 1999.

Respuestas a inquietudes e interrogantes que profundizarán nuestra fe

Tomando en cuenta la historia, descubrimos que no existe base razonable para negar la existencia de Jesús. Nació, creció, trabajó, durmió, comió y bebió, sufrió y murió.

Pero, ¿podemos creer que también fue en algún sentido Dios?

¿Hay evidencia alguna que apoye la sorprendente afirmación de que el carpintero de Nazaret fue el Hijo unigénito de Dios?

Esta pregunta es fundamental.

No podemos esquivarla.

Exploremos en quién y por qué creemos.

Guiados por la ágil exposición de la fe cristiana que hace el conocido expositor bíblico John Stott, descubramos si es verdad lo que cuenta la Biblia sobre Jesús.

Permitamos que el evangelio responda a nuestras inquietudes, despierte y profundice nuestra fe.

> Con guía de estudio

John Stott es uno de los predicadores y líderes cristianos de mayor prestigio en nuestros días. Es pastor y autor de más de 40 libros traducidos a más de sesenta idiomas. Con sabiduría y autoridad, comparte las enseñanzas bíblicas de una forma profunda pero a la vez práctica y directa. Sus escritos son joyas en cualquier biblioteca, y obligatorios para quien desee acercarse al texto bíblico con una lectura fiel y seria.

CERTEZA UNIDA

ANDAMIO Certeza Argentina EDITORIAL LÁMPARA

Crecimiento espiritual
Discipulado y nuevos creyentes

ISBN 978-950-683-127-1

9 789506 831271